

Intervención pronunciada en el coloquio de DIM (Diálogo interreligioso monástico) en Chevilly-Larue (región de Paris) el 26 y 27 de septiembre de 2019, sobre el tema de la hospitalidad.

# La hospitalidad

## Espacio de humanización, lugar de evangelización

Por André Fossion s.j.<sup>1</sup>

### 1. De la hostilidad a la hospitalidad

Emile Benveniste en su obra *El vocabulario de las instituciones indoeuropeas*<sup>2</sup> puso en evidencia la particularidad semántica de la palabra latina «hostis». En su origen, “hostis” designa al extranjero al que se le reconocen derechos. Pero un extranjero puede ser reconocido y recibido o, por el contrario, ser causa de temor y ser expulsado. Es por esto que la palabra «hostis» pudo referirse, según la percepción que se tenía del extranjero, tanto al «huésped» como al «enemigo». «Para explicar la relación entre el «huésped» y el «enemigo», escribe Benveniste, se admite en general que ambos derivan del significado de «extranjero» en latín; de donde “extranjero favorable → huésped” y “extranjero hostil → enemigo<sup>3</sup>”. Hospitalidad y hostilidad son por tanto, términos etimológicamente emparentados pero semánticamente opuestos. La hospitalidad, por oposición a la hostilidad, es un modo de relación que se refiere a un abandono de la violencia y, en este sentido es, en la base de la sociedad, el encuentro pacífico entre personas y pueblos a pesar de que son extranjeros y diferentes.

Es significativo que la filosofía, a lo largo de su historia, haya considerado a menudo a la hospitalidad como un tema privilegiado. Platón coloca a la hospitalidad en el primer lugar de las obligaciones del ciudadano<sup>4</sup>. Aristóteles la considera como la manifestación de la grandeza de alma<sup>5</sup>. Kant se erige en defensor de una “hospitalidad cosmopolita<sup>6</sup>” por la cual somos conciudadanos del mundo. Y, más cercano a nosotros, en diálogo con Lévinas<sup>7</sup>, Derrida<sup>8</sup> señala el aspecto siempre condicional de la hospitalidad en el sentido de que la hospitalidad, aunque requiere buena voluntad a priori respecto de los demás, sin embargo responde a un código y supone reglas que se deben respetar. De esta manera la hospitalidad implica una “buena distancia” entre el que recibe y el que es recibido. Y ello en al menos tres maneras.

En primer lugar, la relación de hospitalidad permite a unos y otros conservar las diferencias, sin ser como un rehén. La hospitalidad, como principio reconoce el derecho a la diversidad, aboga

<sup>1</sup> André FOSSION, profesor en el Centro Internacional Lumen Vitae, Namur, Bélgica.

<sup>2</sup> Emile BENVENISTE, *Le vocabulaire des institutions indo-européennes. Economie, parenté, société*. Volume 1, Éditions de Minuit, Paris, 1969, pp. 87-101.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 92.

<sup>4</sup> PLATON, *Lois*, V, 729.

<sup>5</sup> ARISTÓTELES, *Éthique à Nicomaque*, V, 2, 15.

<sup>6</sup> Emmanuel KANT, *Vers la paix perpétuelle*, PUF, Paris, 1958.

<sup>7</sup> Emmanuel LEVINAS, *Autrement qu'être ou au-delà de l'essence*, Paris, Livre de Poche, 1990.

<sup>8</sup> Jacques DERRIDA et Anne DUFOURMANTELLE, *De l'hospitalité*, Calmann-Lévy, Paris, 1997.

por la acogida de la diversidad. El huésped que es recibido no está en posición de poder ni de dominio.

A continuación, el huésped es objeto de una atención y un respeto particulares. Es reconocido como interlocutor y como sujeto de derecho, un derecho limitado sin embargo del cual no podrá abusar y que hace lugar a la diferencia.

Finalmente, el huésped que es recibido, aunque se mantenga y lo mantengan a cierta distancia, inicia una dinámica de apertura a la alteridad. Por su misma presencia, él descentra, desplaza, interpela e impide que la sociedad se apresure demasiado a estar satisfecha de sus opiniones, de sus propias convicciones.

En este sentido, la hospitalidad bien dada y bien recibida constituye para el conjunto de sus protagonistas un principio de apertura, de encuentro y de mestizaje en la libertad.

El desafío de esto es el pasaje de la hostilidad a la hospitalidad. La sabiduría árabe lo enuncia mediante la pequeña parábola siguiente: “Cuando veo a alguien de lejos, me digo: es un enemigo. Cuando se acerca, me digo: ah, he aquí alguien parecido. Cuando se acerca todavía más, exclamo: ¡vaya!, he aquí mi hermano, mi hermana”. Pasar de la hostilidad a la hospitalidad es el desafío fundamental de nuestra existencia común. Es salir de la violencia y establecer con el prójimo una relación pacífica dentro de la diferencia.

## 2. “La santidad hospitalaria de Jesús”

Pero la hospitalidad puede también ser abordada desde el plano teológico. Fundamentalmente, en la tradición judeo-cristiana, la hospitalidad califica las interacciones recíprocas entre Dios y la humanidad<sup>9</sup>. En el relato del Génesis (Gn 18), Abraham, con justicia llamado el padre de los creyentes, recibe a tres extranjeros<sup>10</sup> que en lo que sigue de la historia resultan ser la figura de Dios, fuente de bendición y de fecundidad. Acoger a otra persona es acoger a Dios en nuestra existencia y dar testimonio de nuestra común filiación.

En el nuevo testamento, Cristo, rostro humano de Dios, recibe a todos los hombres y se deja recibir como su huésped, dentro de las diferencias y sin dominación. En sus obras “EL cristianismo como estilo” y “Europa, tierra de misión<sup>11</sup>” Christoph Theobald teoriza sobre la postura de Jesús calificándola de “santidad hospitalaria”. Esta postura consiste en desprenderse de sí mismo y dejarse tocar por el otro. Jesús no escribió nada. Esta ausencia de escritura es la expresión de su absoluta prioridad asignada al encuentro inmediato y último cada vez con los otros hombres<sup>12</sup>. Si Jesús no dejó nada escrito es porque en todas las circunstancias y encuentros, él se abocaba a la palabra viva intercambiada con el otro. Eso imprimió a su vida un cierto estilo, una manera de ser en el mundo, de encontrar a los demás, de hablar y de actuar. Según el testimonio de los relatos

<sup>9</sup> Claudio MONGE, *Dieu hôte. Recherche historique et théologique sur les rituels de l'hospitalité*, ZetaBooks, 1997

<sup>10</sup> Jean Louis SKA, *Abraham et ses hôtes*, Lexius, Bruxelles, 2002.

<sup>11</sup> Christoph THEOBALD, *Le christianisme comme style. Une manière de faire la théologie en postmodernité*, 2 volumes, collection « Cogitatio Fidei », n°260, Cerf, Paris, 2008.

- *L'Europe, terre de mission*, Cerf, Paris, 2019.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 81.

evangélicos, Jesús hacía de cada encuentro un acontecimiento notable que dejaba huellas en la vida de los sujetos. En esta calidad de presencia para la otra persona consiste la “santidad hospitalaria de Jesús”; una calidad de presencia que despierta al otro a sí mismo y lo hace existir como persona.

Esta hospitalidad de Cristo que hace vivir es reveladora de Dios: un Dios Padre, Hijo y Espíritu, un Dios trinitario, un Dios amor que es en sí mismo comunicación mutua o, en otras palabras, relación interpersonal hospitalaria. En apoyo a esta perspectiva podemos evocar el célebre ícono de Andrei Rublev, inspirado en el recibimiento que Abraham hace a los extranjeros, que figura el coloquio divino, la vida misma de Dios como hospitalidad recíproca. Teológicamente entonces, en la tradición cristiana, la hospitalidad es un término clave para pensar a Dios como Trinidad, para pensar las relaciones de los hombres entre sí en el Espíritu de Dios.

No es sorprendente entonces que la misión que Cristo confía a sus discípulos comience por abrir un espacio de hospitalidad. Esto es lo que quisiera desarrollar ahora.

### 3. La misión hospitalaria de los discípulos de Jesús

Detengámonos en particular en el momento en que Jesús envía en misión a sus discípulos en el Evangelio de Lucas<sup>13</sup>.

*Después de esto, el Señor designó a otros setenta y dos, y los envió de dos en dos para que lo precedieran en todas las ciudades y sitios adonde él debía ir.*

*Y les dijo: «La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rueguen al dueño de los sembrados que envíe trabajadores para la cosecha.*

*¡Vayan! Yo los envío como a ovejas en medio de lobos.*

*No lleven dinero, ni alforja, ni calzado, y no se detengan a saludar a nadie por el camino.*

*Al entrar en una casa, digan primero: «¡Que descienda la paz sobre esta casa!».*

*Y si hay allí alguien digno de recibirla, esa paz reposará sobre él; de lo contrario, volverá a ustedes.*

*Permanezcan en esa misma casa, comiendo y bebiendo de lo que haya, porque el que trabaja merece su salario. No vayan de casa en casa.*

*En las ciudades donde entren y sean recibidos, coman lo que les sirvan;*

*curen a sus enfermos y digan a la gente: «El Reino de Dios está cerca de ustedes».*

*Pero en todas las ciudades donde entren y no los reciban, salgan a las plazas y digan:*

*¡Hasta el polvo de esta ciudad que se ha adherido a nuestros pies, lo sacudimos sobre ustedes! Sepan, sin embargo, que el Reino de Dios está cerca».*

Hagamos una serie de observaciones sobre este envío en misión<sup>14</sup>:

<sup>13</sup> Lc. 10, 1-12.

<sup>14</sup> Cfr. mi artículo “Pour une pastorale de la moisson” en *Christus*, nº 252, octubre 2016, pp. 61-69.

La misión es asumida de manera comunitaria. El texto habla de 72 discípulos divididos en pares de dos lo cual implica la existencia de fuertes relaciones interpersonales. La misión no es una conquista. La mansedumbre, la pobreza de medios, la vulnerabilidad son un activo para un encuentro auténtico entre las personas. Tal es la condición de los testigos del Evangelio. Que avancen desarmados, vulnerables. Esa es su fuerza. La misión comienza por un “ir hacia” y por un deseo de paz dirigido a todos, a priori, sin excepción, sin condición ni examen previos: “Paz en esta casa”; paz a todos y todas que en ella viven. El testigo del Evangelio se arriesga a ser acogido en casa de otros, no importa quienes sean, sin discriminar por sus prejuicios o sus costumbres, sin hacer acepción de personas, en la esperanza de ser recibido. Hace falta tener fe en la capacidad de hospitalidad del otro. El deseo de paz dirigido a todos y a cada uno en el su propio ambiente, abre de este modo un espacio posible de relación pacífica. Todavía hace falta, para que se establezca la paz y la hospitalidad tome cuerpo, que el otro sea “un amigo de la paz” o, en otras palabras, alguien familiarizado con las bienaventuranzas evangélicas. La hospitalidad ofrecida y brindada se manifiesta en gestos concretos de compartir: beber y comer juntos, hablar, intercambiar, dar, recibir y entregar. La comida compartida es, podría decirse, la manifestación primera de una hospitalidad establecida o en vías de establecerse. Todo el arte del testigo de Cristo consiste así en promover la hospitalidad, de “disponer su vida para hacer amigos<sup>15</sup>”, no con una objetivo proselitista sino principalmente porque la paz, la misericordia, la concordia, la sed de justicia son valores en sí mismos, valores universales verdaderos, justos y bellos.

Dos cosas se agregan a este establecimiento de la paz, de la hospitalidad recibida y entregada. En primer lugar, las obras de curación: las acciones bienhechoras que tocan los cuerpos y los levantan. “Curen a los enfermos”. Inmediatamente un mensaje: el anuncio del Reino de Dios que está cerca. El Reino de Dios está allí, hecho presente, en la carne del mundo. La hospitalidad, la amistad, la sanación son su signo y su fruto. En este contexto de hospitalidad se pronuncia y se escucha la revelación del Reino de Dios que está cerca.

Aquellos y aquellas que no aceptan el deseo de paz y ni brindan hospitalidad no son ni vilipendiados ni condenados. El testigo del Evangelio los abandona, sin resentimiento, sin tomar de ellos ni siquiera el polvo de su suelo. Solamente un mensaje se deja para que le presten atención y lo tengan en su memoria: “Sepan que el Reino de Dios está cerca”. Un futuro reconocimiento del Reino de Dios que está cerca siempre es posible. Ninguna puerta se cierra.

#### **4. La misión hospitalaria de comunidad cristiana hoy**

En la continuidad de lo que hemos dicho anteriormente, ¿cómo concebir el rol y la misión de la comunidad cristiana hoy, en un universo cultural secularizado, pluralista, plurirreligioso? Me parece que es una misión triple.

En primer lugar, es una misión de promover la cultura de la hospitalidad, el culto de la hospitalidad. En segundo lugar, en el espacio de hospitalidad así creado, la misión de la comunidad cristiana es dar testimonio de su propia tradición de fe, de hacerla conocer, de invitar a compartirla

---

<sup>15</sup> Subrayemos que la conocida frase “No hay mayor amor que dar la vida por los que se ama”(Jn. 15, 13) debería ser traducida literalmente como sigue: “No hay mayor amor que poner la vida por los amigos”, es decir, para que la amistad nazca y crezca.

dando cuenta de ella de un modo -o dentro de un estilo- que honre al Evangelio mismo y a las reglas de la hospitalidad. En tercer lugar, la misión de los cristianos -la más delicada sin duda- es suscitar el cruce de miradas entre las diversas tradiciones para que unas y otras sean analizadas interpeladas y enriquecidas.

### **a) Promover una cultura de la hospitalidad, “hacerse de amigos”**

La comunidad cristiana en nombre de su pertenencia a la humanidad y de su lealtad al Evangelio está llamada a participar, con todos los hombres de buena voluntad, en la promoción de una cultura de la hospitalidad<sup>16</sup>. El desafío, como dijimos más arriba, es salir de la violencia, pasar de la hostilidad a las relaciones pacíficas dentro de la diferencia. ¿Cómo definir una cultura de la hospitalidad?

Una cultura de la hospitalidad acoge la alteridad respetando las diferencias. Es una manera de ser, un hábito de vida que construye un cuerpo social en el cual ni la unidad ni las diferencias ceden a la dominación. Efectivamente, hay unidades uniformistas que atropellan –“No quiero ver más que una sola cabeza”- y hay diferencias que dividen entre dominantes y dominados, ricos y pobres, señores y esclavos.

Una cultura hospitalaria está abierta a priori a cualquier persona pero, sin embargo, no acepta cualquier cosa; tiene sus reglas, sus leyes, sus exigencias. En particular, la regla de oro. “No hagas al otro lo que no quieres que te hagan a ti”. O, enunciada positivamente, “Actúa con los otros como desearías que actuaran contigo”. Una cultura hospitalaria no puede admitir actitudes como el racismo, la xenofobia, el nacionalismo, la ley del más fuerte. Esta cultura hospitalaria no se adquiere de una vez para siempre sino que es un proceso en desarrollo y puede ir perfeccionándose sin cesar.

Una cultura de la hospitalidad se aprende. No nos es dada de antemano. Es el fruto de un combate y de una defensa de los valores que favorecen la vida en común. Supone una educación: una educación que pasa por las familias, la escuela, la prensa, los medios de comunicación, etc. Supone la existencia de programas y acciones políticas, de investigaciones intelectuales y el apoyo de las ciencias. Supone estrategias y medios conjuntos para poder establecer y promover esa cultura.

No hay necesidad de religión para poder fundar una cultura de la hospitalidad. El reconocimiento de que la vida es un don gratuito y deseable que nos es común a todos, es suficiente para fundarla. Este don gratuito de la vida nos impone el deber de asumirla, protegerla, de hacerse cargo de ella solidariamente en comunión. El término “comunión” deriva etimológicamente de la palabra “unitas” pero también, según ciertos filólogos, de “cum-munus” que significa una “carga llevada en conjunto”.

Si el reconocimiento de la vida como don es suficiente para fundar el culto de la hospitalidad, la fe religiosa en una instancia de don de origen divino, agrega peso a la exigencia ética de la hospitalidad, confiriéndole una dimensión teológica. El culto de la hospitalidad, vivido en la fe en Dios, es idénticamente un culto rendido a Dios.

---

<sup>16</sup> En griego, la *philoxenia*.

La comunidad de los cristianos está llamada, en nombre de su pertenencia a la humanidad y en nombre de su fe, a hacer valer todos su peso para hacer surgir esta cultura de la hospitalidad. “Perseveren en el amor fraternal, dice la epístola a los Hebreos, no se olviden de practicar la hospitalidad, ya que gracias a ella, algunos, sin saberlo, hospedaron a los ángeles. Acuérdense de los que están presos, como si ustedes lo estuvieran con ellos, y de los que son maltratados, como si ustedes estuvieran en su mismo cuerpo” (Heb. 13, 1-2). “Consideren como propias las necesidades de los santos y practiquen generosamente la hospitalidad” (Rom. 12, 13). “Practiquen la hospitalidad sin quejarse” (1Pe. 4, 9). Se trata antes que nada de una práctica, una manera de ser importantísima hoy día que estamos en un mundo de comunicación, de trashumancia, de migraciones que las fronteras ya no detienen más.

**b) En el espacio de hospitalidad así creado, hacer conocer la tradición cristiana y dar testimonio del Evangelio con un estilo agradable.**

En este espacio de hospitalidad así formado, la segunda misión de los cristianos es dar testimonio del Evangelio de una manera que sea acorde al mensaje evangélico y a las reglas de la hospitalidad.

Como el testigo fiel y veraz del que habla el Apocalipsis, el portador del Evangelio está en la posición de aquel que golpea a la puerta y pide ser recibido: “Yo estoy junto a la puerta y llamo: si alguien oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos” (Apoc.3, 20).

El testigo del evangelio afirma ser portador de una revelación que proviene de Dios mismo y que está destinada a todas las naciones para su felicidad. A pesar de ello, como testigo de esta revelación, no está en una posición de fuerza ni podría mantener un objetivo dominante. El está en la postura humilde y agradecida de aquel que es acogido. A este respecto, recordemos la carta a Diogneto que ve a los cristianos de este mundo como extranjeros residentes. “Toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña.” “No tenemos aquí abajo una ciudad permanente, sino que buscamos la futura” (Heb. 13, 14). Es decir que el anuncio del Evangelio se inscribe en un contexto de hospitalidad mendigada, recibida y entregada en el espacio del otro. En este contexto de hospitalidad recíproca y en virtud del mismo mensaje evangélico, el anuncio del evangelio -el testimonio del Verbo de Vida, Jesucristo- está llamado a tomar cuerpo en un estilo que se podría calificar de gracioso. ¿Qué es un estilo gracioso? Si hacemos referencia al campo léxico de la palabra “gracia”, el estilo gracioso designa una cualidad de relación: una cualidad de relación que reúne los aspectos de gratuidad (*gratis*), de perdón (N.T. en francés *perdonar*, *indultar* se dice *gracier*), de placer (*agradable*, *agradablemente*/ *agréable* - *agréablement*), de belleza (*gracioso*/ *gracieux* ), de libre consentimiento (*gré* en francés), de reconocimiento (*gratitud* / *gratitude*), de ligereza y vulnerabilidad (*grácil* / *gracile*). Este estilo gracioso es el que recomienda la carta de Pedro cuando él escribe: “Estén siempre dispuestos a defenderse delante de cualquiera que les pida razón de la esperanza que ustedes tienen. Pero háganlo con delicadeza y respeto” (1Pe. 3, 15-16).

El anuncio evangélico es gracioso porque, en primer lugar, la fe a la que invita no se propone a base de argumentos vinculantes que obligarían a la razón. La fe cristiana hace pensar. Pertenece al orden del don. La revelación de la cual es testigo pretende decir a la humanidad un mensaje que tiene algo de último porque se dice que viene de Dios mismo. Sin embargo, esta revelación se



mantiene en el campo del testimonio; se ofrece en el orden de lo plausible y lo deseable, en la mansedumbre, sin forzar a la razón ni a la libertad.

El anuncio evangélico es entonces gracioso porque la salvación que anuncia no está reservada solamente a los cristianos. La fe cristiana anuncia, en efecto, la salvación, pero sin reservársela para sí. No se presenta como la única vía para beneficiarse de la salvación que anuncia. Para la fe cristiana, efectivamente, la salvación está en progreso y está incluida en la gracia de la creación para beneficio de todos. No se anuncia la salvación para que el mundo sea salvado sino porque está salvado. Para la fe cristiana, gracias a Dios, no habrá más que cristianos en el Reino de Dios venidero. Aunque la fe cristiana no se reserva para sí la salvación que ella anuncia, se presenta como radicalmente preciosa, buena y salvadora por lo que ella permite reconocer, celebrar y vivir. Como dice la primera carta de Juan, la fe cristiana es radicalmente preciosa por la comunión nueva que abre y por el gozo redoblado que permite. “Lo que hemos visto y oído, se lo anunciamos también a ustedes, para que vivan en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Les escribimos esto para que nuestra alegría sea completa” (1Jn. 1, 3-4). La fe cristiana se mantiene en la paradoja de su radical no-necesidad para la salvación y en su carácter radicalmente precioso para la vida.

**c) En el espacio de hospitalidad creada, favorecer el intercambio de miradas entre las tradiciones presentes en beneficio de unos y otros.**

La tercera misión de los cristianos, en el campo de la hospitalidad, luego de dar testimonio del evangelio y de anunciar la salvación en un estilo gracioso, es favorecer una mirada transversal entre las diferentes tradiciones filosóficas, espirituales y religiosas, para beneficio de unas y otras.

Esta mirada transversal entre las diferentes tradiciones debería manifestar al menos tres aspectos:

- Un análisis riguroso previo de las tradiciones presentes.
- A continuación, un cuestionamiento recíproco e interpelaciones críticas, eventualmente duras, entre las tradiciones presentes.
- Finalmente, una puesta en valor de las resonancias positivas que una tradición suscita entre las otras.

Rápidamente retomo estos tres aspectos de mirada transversal.

En primer lugar, el análisis riguroso de las diversas tradiciones. Supone la aptitud de aprender del otro y a través del otro. Requiere de un estudio riguroso de la tradición ajena, de sus creencias, de sus ritos y de sus valores. Este análisis supone una humildad de principio, una disponibilidad a dejarse sorprender, una metodología que ayude a descentrarse, a desprenderse de sí mismo, de todas las ideologías o presupuestos que nos habitan, para escuchar, estar disponibles a lo desconocido, lo inesperado, lo inédito que el otro aporte.

Aprender del otro es un primer paso, pero este aprendizaje puede conducir, en un segundo paso, a un interrogatorio o incluso a un cuestionamiento crítico de tal o cual aspecto de las tradiciones presentes. La mirada transversal acepta exponerse a esta interrogación crítica mutua . Cada tradición encuentra en ella la ocasión de tomar una distancia crítica en relación consigo misma bajo la mirada del otro y de refinar su propio pensamiento.

Finalmente, la mirada transversal puede tener por objetivo discernir dentro de una tradición lo que está en consonancia positiva con otra tradición de manera tal que unas y otras se vean enriquecidas por estas resonancias y encuentren por allí, caminos de alianza tanto en la reflexión como en la acción en la sociedad.

\* \*  
\*

Trabajar la hospitalidad dentro de las perspectivas que acabo de esbozar -porque es un trabajo que requiere un compromiso perseverante- y tener éxito es efectivamente, para los cristianos, experimentar en el reconocimiento hospitalario, amical, de tradiciones diversas, que la salvación en Jesucristo en la que creen y la que anuncian, está realmente en marcha y que hay una diversidad de vías para alcanzarla.



Instituto Superior de Catequesis Argentino  
PENSAR LA CATEQUESIS